

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La disciplina historiográfica colombiana entre 1902 y 1910: la Academia Colombiana de Historia.

Martínez Martelo, Paola M.

Cita:

Martínez Martelo, Paola M. (2009). *La disciplina historiográfica colombiana entre 1902 y 1910: la Academia Colombiana de Historia*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/902>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA DISCIPLINA HISTORIOGRÁFICA COLOMBIANA ENTRE 1902 Y 1910: LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Martínez Martelo Paola Margarita

Introducción

En su texto de 1999 “La Historia o el Tiempo Reflejado”, François Dosse habla sobre la importancia de las reflexiones sobre la historiografía: “La interrogación sobre las nociones y conceptos de los cuales se han servido los historiadores, ya no puede ahorrarse la travesía por el pasado de la disciplina, no con fines de autoconmemoración, sino para entrar plenamente en una nueva era, la del momento reflexivo de la operación histórica”.¹ Pienso que es un deber para los historiadores y las historiadoras reflexionar sobre su escritura, sus problemas de investigación, sus objetos de estudio y sus paradigmas, para construir una disciplina que cada vez esté en mayor capacidad de dar cuenta de los fenómenos sociales a los cuales se enfrenta. En este sentido, en Colombia se han dado muy pocos pasos. Aparte de algunos balances periódicos y de los textos que enumeran las listas de las últimas publicaciones, no hay muchos escritos que aporten un conocimiento sólido sobre los cambios que se han dado en la historiografía colombiana.² En este vacío entra la producción de la Academia Colombiana de Historia, sociedad científica que por más de un siglo ha escrito anales de la nación. Mal que bien son los autores de la Historia de Colombia más extensa, titulada precisamente así y que cuenta con más 40 volúmenes. Es entonces más que necesario, con el fin mencionado al inicio de este texto, recuperar este “objeto perdido de la Historia”.

¹ DOSSE, Francois. “La Historia o el Tiempo Reflejado”. París: Hatier, 1999. Traducción de Jorge Márquez Valderrama. P. 2.

² Algunos de los textos publicados sobre teoría, filosofía, metodología y enseñanza de la Historia son los libros “Convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía colombiana del siglo XIX”, “Ensayos sobre historiografía”, “Fuentes coloniales para el trabajo de la historia en Colombia” y el artículo “Claves para la enseñanza de la historia” de Germán Colmenares; los libros “De la sociología a la historia”, “Memorias Intelectuales”, “La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos”, el artículo “El problema de la causalidad en las ciencias sociales” de Jaime Jaramillo Uribe y los tres balances de la disciplina publicados por Jorge Orlando Melo, abarcando los años de 1969 a 1979, un segundo de 1979 a 1989 y el último de 1989 a 1999, en el Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

En este sentido, este artículo se enfocará en hacer un breve análisis de los inicios de la mencionada Academia, sus publicaciones, su relación con el Estado, proyecto de Nación y su visión de los mismos, apoyado en los escritos de la Academia de la misma época, especialmente en el Boletín de Historia y Antigüedades, órgano de la institución.

La Academia

Con la culminación del proceso de independencia y el surgimiento de un primer proyecto de estado-nación, los puntos de vista unificadores de la historia del recién surgido país no se hicieron esperar. En el siglo XIX se pueden encontrar múltiples intentos impulsados por el afán de dotar a una nación que empezaba conformarse, con un pasado que estuviera a la altura de los merecimientos presentes³ (Melo, 1996). Con su organización cronológica, su búsqueda por establecer la verdad de los hechos, al igual que por construir relaciones de causalidad directa entre los acontecimientos, y emitir juicios morales sobre los hechos narrados y sus protagonistas, textos como “Historia de la Revolución de la República de Colombia”, de José Manuel Restrepo, “Compendio Histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada en el Siglo Decimosexto”, de Joaquín Acosta, e “Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada”, de José Manuel Groot, entre otros⁴, se constituyeron en respuestas a esa demanda por una literatura histórica que consolidara los esfuerzos fundacionales de la república.

Sin embargo, este tipo de escritos no caminaron de la mano de un proyecto estable de Estado-Nación: fueron esfuerzos particulares, fundados más en la necesidad de legar la memoria de los hechos vividos para la posteridad y en el afán de legitimar, desde el punto de vista ideológico, acciones ejecutadas en el pasado. Por otra parte, Colombia no tuvo un único ideal de Estado. En el siglo XIX, el país tuvo seis constituciones diferentes (sin contar las que

³ MELO, Jorge Orlando. “Historiografía colombiana: realidades y perspectivas”. Medellín: SEDUCA, 1996. P. 45.

⁴ Estos textos son “Historia de la Revolución de la República de Colombia”, de José Manuel Restrepo (1827), “Compendio Histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada en el Siglo Decimosexto”, de Joaquín Acosta, “Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810”, de José Antonio Plaza, “Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada”, de José María Samper (1853), “Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada”, de José Manuel Groot (1869), “Compendio de Historia Patria”, de José María Quijano Otero (1874) y memorias como “Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada”, de Francisco de Paula Santander (1837), “Apuntaciones para la historia”, de José María Obando (1842), “Mis padecimientos y mi conducta pública desde 1810 hasta hoy”, de Francisco Soto (1841), “Memorias”, de José Hilario López (1857), “Memorias histórico-políticas” de Joaquín Posada Gutiérrez (1865) y “Memorias de un abanderado” y “Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819”, de José María Espinosa (1876).

tuvieron en un comienzo las provincias recién independizadas) y cinco nombres distintos, además de nueve guerras civiles. Después de la guerra de 1885, el nombre que se decidió para el país fue el de República de Colombia, que conserva hasta hoy, sancionado por la Constitución de 1886, que vino a ser reemplazada en 1991.

A inicios del siglo XX la nación pasó, una vez más, por un momento crítico: inmersos en la Guerra de los Mil Días desde octubre de 1899, los liberales y conservadores drenaron los recursos humanos y económicos del país. La persecución y depredación, a la vez que la inexistencia de intenciones conciliatorias entre ambos bandos, e incluso al interior de los mismos, produjeron un caos en el territorio nacional, caos que se extendió incluso después de noviembre de 1902, cuando finalizó la Guerra mediante el tratado de Wisconsin.

Precisamente en medio de esta anarquía surgió el proyecto de la fundación de una comisión de estudios sobre historia patria. Mediante Resolución 115 del Ministerio de Instrucción Pública, se fundó el 9 de mayo de 1902, la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias⁵, que luego daría lugar a la creación de la Academia Colombiana de Historia, formalizada mediante Decreto número 1808 del 12 de diciembre de 1902. Para esta época el Ministerio de Instrucción Pública se encontraba ocupado por José Joaquín Casas, y la jefatura del Ejecutivo era ejercida por José Manuel Marroquín, quien tenía el título de Vicepresidente de la República.

Entre sus miembros iniciales se contaron Eduardo Posada, Ernesto Restrepo Tirado, Eduardo Restrepo Sáenz, José María Cordobés Moure, el General Bernardo Caycedo, Adolfo León Gómez, Francisco de Paula Barrera, Manuel A. de Pombo, José Joaquín Guerra, Carlos Pardo, Santiago Cortés, Ricardo Moros y Anselmo Pineda, además de Pedro María Ibáñez, quien se convirtió en Secretario vitalicio de la Academia⁶ y Director del Boletín de Historia y Antigüedades.

Eduardo Posada, quien ocupó en los inicios de la Academia el cargo de Presidente de ésta, desempeñó varios cargos políticos, entre los que se cuentan las gobernaciones de los departamentos del Tolima y Cundinamarca, la Secretaría de Relaciones Exteriores y una curul

⁵ ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA (en adelante ACH): 70 años de su fundación 1902 – 1972. Bogotá: Ed. Nelly, 1972. P. 9.

⁶ *Ibid.* P. 6.

en el Congreso Nacional. Además de hacer parte de la Academia de Historia, también fue Presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia⁷. Publicó en Bogotá en el año de 1926, una serie de notas y comentarios en una serie titulada “Apostillas”, a las que se suman “Biografía de Córdoba” (1903), la biografía de Antonio Nariño “El Precursor” (1903) y “La Vida de Herrán” (1903), sobre el general Pedro Alcántara Herrán, escrita junto a Pedro María Ibáñez (Melo, 1996). Ernesto Restrepo Tirado, de familia antioqueña, era hijo de Vicente Restrepo, quien colaboró durante el gobierno de Rafael Núñez ejerciendo los ministerios de Hacienda, Tesoro y Relaciones Exteriores. Restrepo Tirado fue cónsul de Colombia en Sevilla, España, estancia que aprovechó para explorar de manera exhaustiva el Archivo de Indias (Melo). Lo anterior se reflejó en una producción abundante de literatura histórica en el tema de las culturas precolombinas. Eduardo Restrepo Sáenz, además de escribir para la Academia, ejerció dos ministerios: el de Relaciones Exteriores, durante el mandato del General Pedro Nel Ospina, y el de Instrucción Pública, en el gobierno de Marco Fidel Suárez. José María Cordovez Moure, oriundo del departamento del Cauca y cuya obra más conocida es “Reminiscencias de Santa Fé de Bogotá” (8 tomos), fue subsecretario del Ministerio del Tesoro y más tarde ministro del mismo⁸. El liberal Adolfo León Gómez, reconocido literato, fue al igual que Eduardo Posada, Presidente de la Academia Colombiana de Historia y de la Academia Colombiana de Jurisprudencia. En la época en la cual fue congresista de la República, fue el autor y ponente de la ley que le otorgó el carácter oficial a la Academia Colombiana de Historia⁹.

La información que se tiene de los miembros fundadores es limitada. De algunos no se conoce más que el nombre y los artículos que le aparecen atribuidos en el Boletín. Una investigación más profunda acerca de las biografías de quienes pertenecieron a la Academia, podría resultar provechosa para establecer vínculos ideológicos, partidarios, políticos y económicos que sean útiles para determinar con más exactitud el papel que jugó la institución en la constitución de la idea de un pasado nacional. Sin embargo, teniendo en cuenta la información que se tiene sobre los miembros mencionados en el apartado anterior, y sobre otros que ocuparon sillas en décadas posteriores, podemos deducir que hubo un interés marcado entre los burócratas del Estado, no sólo en promover la escritura de los anales patrios a través de la creación de instituciones, sino también en participar de manera activa en la escritura de la misma. Esta

⁷ ORTIZ, Sergio Elías. “Bibliografía de Eduardo Posada, (1862-1942)”. En: *Revista de Historia de América*, Número 16 (Dic., 1943), p. 123.

⁸ <http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/cordmour.htm>

⁹ <http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/marzo2008/adolfoleon.htm>

característica no fue exclusiva de la Academia de Historia: la Academia Colombiana de la Lengua, fue fundada por Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, ambos ocuparon la presidencia de la república, y José María Vergara y Vergara, quien ejerció como Secretario de Gobierno y de Hacienda en más de una ocasión. A éstos fundadores, se le sumaron otros nueve, entre los que se contaron Santiago Pérez, ex presidente y Felipe Zapata, senador por el departamento de Santander¹⁰. En este asunto Malcolm Deas afirma lo siguiente

[This] is representative of a certain class, but a class that has its existence in government, not in any particular facet or sector of the economy... without being the possessors of great lands or commercial wealth. In that they were uninterested, disinterested; power interested them much more. It did not seem to them in the least unnatural or unlikely that it should be exercised by letrados such as themselves, many of whose forbears had gone to the Americas to govern. For letrados, for bureaucrats, language, correct language, is very much a part of governing. The Spanish imperial bureaucracy was one of the most imposing that the world has ever seen, and it is not surprising that the descendants of bureaucrats did not soon forget it, and that for them language and power were to remain bound together.¹¹

También comenta Diana Quattrocchi-Woisson

La préoccupation pour les études d'Histoire et pour la création des institutions qui en assurent la divulgation est l'initiative par excellence de cette élite dirigeante. Les hommes politiques et les historiens se confondent allègrement, et les tâches aussi. Le projet de construire un Etat-Nation est entièrement lié au projet d'écrire une histoire nationale.¹²

Este interés de los servidores públicos colombianos, tanto en la Historia como en la gramática, que merece un examen más detallado, se escapa lastimosamente a los objetivos de este texto.

En sus inicios la Academia se fundó con las siguientes comisiones que se encargarían de llevar a cabo las investigaciones y la selección de lo que se iba a publicar en el Boletín de Historia y Antigüedades¹³:

¹⁰ DEAS, Malcolm. "Miguel Antonio Caro and friends: Grammar and Power in Colombia". En: *History Workshop*, Número 34, Latin American History, (Otoño de 1992), p. 52.

¹¹ *Ibid*, p.60.

¹² QUATTROCCHI-WOISSON, Diana. Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire, Paris: CNRS, 1992. P. 420.

¹³ ACH. *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 1, Número 1-12, (Septiembre – Agosto 1902 – 1903), p. 22.

Comisión Histórica-Bibliográfica, encargada del cuidado de bibliotecas y archivos. Miembros: Enrique Álvarez Bonilla, Francisco de Paula Barrera, Bernardo Caycedo, José María Cordovez Moure, Luis Fonnegra, José Joaquín Guerra, Pedro María Ibáñez, Adolfo León Gómez, Anselmo Pineda, Eduardo Restrepo Sáenz y Andrés Vargas Muñoz.

Comisión Arqueológica, encargada del cuidado de museos y objetos antiguos. Miembros: Bernardo Caycedo, José María Cordobés Moure, Luis Fonnegra, José Joaquín Guerra, Pedro María Ibáñez, Carlos Pardo, Manuel Antonio Pombo y Ernesto Restrepo Tirado.

Comisión Artística y de Antigüedades, encargada del cuidado de monumentos, edificios y objetos artísticos. Miembros: Santiago Cortés, Ricardo Moros y Carlos Pardo.

Comisión Etnológica, dedicada al estudio de la etnogenia, tradiciones, lenguas y razas nacionales. Miembros: Santiago Cortés, Carlos Cuervo Márquez y Ernesto Restrepo Tirado.

Comisión Geográfica, dedicada al estudio de la geografía antigua y moderna de Colombia. Miembros: Bernardo Caycedo, Santiago Cortés, Carlos Cuervo Márquez y Eduardo Posada.

De esta manera a la Academia no se le consagró únicamente el estudio de la historia en sentido estricto, sino también el cuidado de otros baluartes del pasado y la memoria nacionales, tal como está consagrado en la resolución de fundación

El Ministerio procederá a organizar, como núcleo y principio de Academia de Historia y Antigüedades Colombianas, una COMISIÓN de hombres doctos y diligentes, a cuya solicitud confiará: el estudio de las antigüedades americanas y de la Historia Patria en todas sus épocas; el allegamiento y análisis de los materiales propios de tales estudios; la fundación de museos y el aumento del que existe en Bogotá; el arreglo, conservación y formación de índices de los archivos públicos y de los de propiedad particular, cuyos dueños quieran generosamente ponerlos a disposición del Gobierno para los estudios antedichos; la dirección de la Biblioteca de Historia de Colombia, cuyo primer volumen está ya en prensa y que ha sido fundada para sacar a luz los manuscritos valiosos; el cuidado y conservación de monumentos históricos y artísticos, en cuanto a ello corresponda al Ramo de Instrucción Pública; y el estudio de los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los religiosos misioneros...¹⁴

¹⁴ *Ibíd*, p. 2.

La iniciativa de creación de este ente académico fue un intento por rescatar los símbolos perdidos o destruidos de la nación. En este sentido, la Historia que propusieron quienes se vincularon a este proyecto es una que fue la autobiografía de la nación¹⁵. Esta tendencia favoreció “la posibilidad de revivir o resucitar un pasado”¹⁶, a través de la inclusión de nuevas áreas de estudio que convirtieron objetos antes repartidos de otro modo en documentos para la Historia.¹⁷

Esta primera institucionalización de la Historia como disciplina que comienza a diferenciarse de otras ciencias de lo social al empezar a definir unos objetos de investigación propios, permitió a los académicos enunciar un discurso y excluir otro, fundado en la idea de una verdad equivalente a hechos históricos. Fue entonces pues, trabajo de estos historiadores borrar los errores y reescribir la verdad sobre el pasado de Colombia. Esta manera de hacer historia, enmarcada en la filosofía positivista propia de las ciencias humanas que comienzan a surgir a finales del siglo XIX, conservó la idea de una verdad que habría de ser extraída de los hechos históricos. En la “Excitación” que se encuentra en los primeros Boletines y cuyo fin era invitar al público en general a colaborar con la magna obra de la Academia se enuncia lo siguiente: “Se publicarán documentos y monografías relativos al pasado de nuestro país...que estén fundados en hechos comprobados, suprimiendo leyendas mentirosas...según la corriente científica moderna de enseñar la verdad comprobada”¹⁸.

A estas funciones de la historia mencionadas, poder predecir de cierta manera el futuro, sacar la verdad histórica a la luz de entre tantos errores y recomponer el pasado de la nación a través del rescate de sus símbolos perdidos, se suma la relación entre la historia y el progreso de la nación que se hace evidente en el uso de la primera para la construcción de la segunda. Así, la historia escrita por estos académicos fue una narración *Pro Patria*, ya no en el sentido de lo que la nación fue, sino de lo que es y será: “dará mañana provechosa enseñanza en todas la comarcas de la patria y aún fuera de sus fronteras, con honor y provecho para ella”¹⁹. Esto tuvo os sentidos: el primero, era el de darlo a conocer en lugares donde se tenía al territorio colombiano por un lugar caótico y abandonado: “conocer el movimiento científico de países

¹⁵ DE CERTEAU. “La Escritura de la Historia”. México, D.F.: Universidad Iberoamericana, 1999. P. 65.

¹⁶ *Ibíd.* P. 54.

¹⁷ *Ibíd.* P. 58.

¹⁸ ACH, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 1, Número 1-12, (Septiembre – Agosto 1902 – 1903). P. 96.

¹⁹ Informe presentado por el secretario perpetuo de la academia de historia nacional en su primera sesión solemne. En: ACH, *Boletín de Historia y Antigüedades*, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 1, Número 1-12, Septiembre – Agosto 1902 – 1903. P. 55

que marchan en progreso indefinido y hacer conocer á Colombia allá, donde se nos juzga sin conocimiento de causa, donde no se cita de nuestro territorio sino á Panamá y donde se escribe en pleno siglo XX que Santafé de Bogotá es capital de la Nueva Granada!”²⁰; el segundo, de elaborar unos productos culturales que reflejaran esa identidad colombiana

De ese olvido de nuestra historia viene que no solamente desdeñemos nuestras antiguas glorias, dejemos perder los archivos y no cuidemos de los monumentos públicos, sino que no tengamos arte nacional, poesía con un marcado sabor de terruño, novelas y dramas colombianos donde palpite nuestra propia vida, donde se vean los paisajes tropicales, donde se sienta el espíritu de la patria, espontáneo, vívido, hirviente, no contaminado por ridículos plagios y pasiones foráneas, ni teñido con falsos colores, ni inoculado por envilecedores venenos... Si no desmayamos en este trabajo, podremos decir lo que dice Cantú al escribir la biografía del Cid: “No ha muerto ni morirá una nación que recuerda a sus héroes, y busca en un pasado glorioso, fuerzas para resistir al envilecimiento actual y confianza para llegar a un porvenir merecido”.²¹

Este sentido mítico de la Historia, de esa sociedad que se narra a sí misma a través de un discurso²², se ve claro en los textos de la Academia. Este extiende sus alcances desde el movimiento que conecta el pasado con el presente, hasta el futuro acerca del cual es posible elaborar conjeturas: “Los estudios de historia patria tienen, además, una grande utilidad. Ella debe leerse no sólo como una entretención, sino también como una enseñanza. La historia se repite, y bueno es conocer lo que pasó en otras edades para conjeturar lo que puede suceder en la nuestra”²³. Al respecto comenta Pierre Nora

The historian's is a strange fate; his role and place in society were once simple and clearly defined: to be the spokesman of the past and the herald of the future. In this capacity his person counted less than his services; his role was that of an erudite transparency, a vehicle of transmission, a bridge stretched as lightly as possible between the raw materiality of the document and its inscription in memory—ultimately, an absence obsessed with objectivity...²⁴

La Academia tuvo desde 1909 hasta 1958 el carácter de institución oficial del Estado y órgano consultivo del mismo²⁵, por lo tanto todas las publicaciones de la entidad y los sueldos de los académicos fueron financiados por fondos estatales. Cuando en 1910, el Presidente de la república, Carlos E. Restrepo decretó

²⁰ *Ibid.*, p. 61

²¹ *Ibid.*, p. 108 – 109.

²² DE CERTEAU. *Op. Cit.* P. 64.

²³ ACH, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 1, Número 1-12, (Septiembre – Agosto 1902 – 1903), p. 112.

²⁴ NORA, Pierre. “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. En: *Representations*, Número. 26, Edición Especial: Memoria y Contramemoria (Primavera, 1989), p. 18.

²⁵ BETANCOURT MENDIETA, Alexander. “Historia y Nación: Tentativas de la escritura de la Historia en Colombia”. Medellín: La Carreta, 2007. P. 54.

...Que la adopción arbitraria de textos para los Colegios y Escuelas oficiales de la República, sin el examen previo de un Cuerpo consultivo de pedagogos, puede perturbar la marcha progresiva y armónica de la instrucción pública...Decreta que en lo sucesivo sólo se adoptarían como textos para los Colegios y Escuelas oficiales de la República las obras didácticas que obtuviesen en concurso la más alta calificación del Consejo Universitario...²⁶

los académicos aprovecharon la oportunidad para hacer de los manuales escolares un instrumento de difusión de su visión de la historia patria. Debido a la celebración del Centenario del Primer Grito de Independencia, que se llevaría a cabo el 20 de julio de 1910, la Comisión encargada de los festejos decidió llevar a cabo un concurso en el cual se premiarían varias obras relacionadas con el tema en cuestión. Una de las categorías era para un libro de historia, que se otorgaría a un “texto *in extenso* de historia patria para la enseñanza secundaria, y un compendio de la misma para la enseñanza primaria, los cuales serán adoptados como textos de enseñanza”²⁷. La Academia, como ente estatal asignado para encargarse de esos temas, nombró como jurados a los señores Clímaco Calderón, Emiliano Isaza y Antonio José Uribe. Sólo un texto se presentó, que cumpliera con las características de ser un manual para la enseñanza: el de José María Henao y Gerardo Arrubla, miembros de número de la Academia desde 1908²⁸. El texto en mención pues, fue el escogido para convertirse en el texto de cabecera de historia para las juventudes colombianas, hasta la década de los 70²⁹. De esta manera se insertó la enseñanza en las escuelas y colegios dentro del proyecto unificador del imaginario del pasado nacional liderado por la Academia. Nadie más consciente de esto, que los mismos miembros de la institución, quienes escriben en para el primer centenario de la institución, en el año 2002, lo siguiente

La vida de la Academia Colombiana de Historia son sus publicaciones; ellas son la tribuna de expresión desde la cual ejerce su apostolado y cumple su misión; son el resultado de su laboriosidad, el fruto de sus trabajos de investigación y estudio. Allí lo que se habla se ha escrito o es para escribirlo y publicarlo. He aquí su gestión didáctica y la mejor forma de responsabilizarse de lo que se hace, demostrando que se actúa con conciencia histórica del pasado, del presente y del futuro... la Historia es básica para el conocimiento de un país; es el fundamento de su personalidad y contribuye a la formación de una conciencia de nacionalidad y patria, pedestales en los que arraiga la identidad de la nación, de un pueblo, y se erige su orgullo... En la Academia se trabaja con la pluma como traductora y escultora de su pensamiento y vehículo de expresión dirigido a difundir esos conocimientos y enseñarlos. La labor del historiador es didáctica...³⁰

A modo de conclusión

En un texto titulado “Grand Narratives”, Raphael Samuel dice “History is a house of many mansions”³¹. Tal ha sido la historiografía colombiana que desde el siglo XIX ha asumido el

²⁶ ACH, *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 6, Número 61-72, (Julio – Mayo 1909 – 1911), p. 335.

²⁷ *Ibíd.*, p. 84.

²⁸ *Ibíd.*, p. 457-459.

²⁹ BETANCOURT. Op. Cit. P. 59.

³⁰ VELANDIA, Roberto. “Publicaciones de la Academia Colombiana de Historia: Academia Colombiana de Historia”. Santa Fe de Bogotá, D.C.: Guadalupe, 2000. P. 7.

³¹ SAMUEL, Raphael. “Grand Narratives”. En: *History Workshop*, Número. 29 (Primavera, 1990), p. 122.

reto, unos con más éxito que otros, de dotar al pueblo colombiano de un sentido de pertenencia y unidad, a través de la suscripción de un pasado que nos sea común a todos los ciudadanos y ciudadanas del país. La Academia Colombiana de Historia respondió con ahínco a ésta necesidad intrínseca a todo proyecto de nación, de lo cual son testigos los más de 800 boletines que han publicado hasta hoy. Sin embargo, la pregunta por el éxito de este y otros proyectos homólogos sigue abierta. Quizás porque como lo dijo Daniel Pecout una vez “Lo que le falta a Colombia más que un ‘mito fundacional’ es un *relato nacional*”³², que lastimosamente a mi modo de ver, aún no ha sido escrito, aunque el número creciente de reflexiones publicadas tratando este problema demuestran el despertar de una conciencia al respecto.

Es importante que la Historia, como disciplina, se integre de manera más efectiva a los procesos sociales y culturales de la actualidad. Es responsabilidad de los historiadores y las historiadoras proveer a la sociedad con herramientas que le permitan conocer su pasado, para interpretar el presente y construir un futuro. Nosotros, los académicos y las académicas, debemos salir de nuestros círculos cerrados, de nuestras producciones escritas exclusivamente para ser leídas por nosotros mismos, para componer una visión crítica que dé claves para la explicación y solución de los problemas actuales. Para esto debemos comenzar conociendo nuestra propia historiografía, haciendo análisis concretos de lo que se ha hecho hasta ahora, porque ésta es la única manera de elaborar una verdadera prospectiva de la disciplina.

Termino con una frase de Marc Bloch, que pienso resume claramente la posición de muchos de nosotros y muchas de nosotras: “Adeptos de las ciencias del hombre o sabios de los laboratorios quizá también fuimos desviados de la acción individual por una especie de fatalismo, inherente a la práctica de nuestras disciplinas. Esas disciplinas nos han habituado a considerar, sobre todo esas cosas, en la sociedad como en la naturaleza, el juego de las fuerzas masivas...Eso era malinterpretar la historia...Preferimos confiarnos en la quietud temerosa de nuestros talleres... ¿Habremos sido siempre buenos ciudadanos?”³³

³² MARTÍN BARBERO, Jesús. “Cuadernos de Nación: Imaginarios de nación, en medio de la tormenta. Ministerio de Cultura”, Bogotá: Segunda Edición, 2002. P. 17.

³³ Cfr: Dosse. Op. Cit. P. 17.

Bibliografía

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA (en adelante ACH): 70 años de su fundación 1902 – 1972. Bogotá: Ed. Nelly, 1972.

----- *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 1, Número 1-12, (Septiembre – Agosto 1902 – 1903).

----- *Boletín de Historia y Antigüedades*, Volúmen 6, Número 61-72, (Julio – Mayo 1909 – 1911).

BETANCOURT MENDIETA, Alexander. “Historia y Nación: Tentativas de la escritura de la Historia en Colombia”. Medellín: La Carreta, 2007. 293 páginas.

DEAS, Malcolm. “Miguel Antonio Caro and friends: Grammar and Power in Colombia”. En: *History Workshop*, Número 34, Latin American History, (Otoño de 1992), p. 47-71.

DE CERTEAU. “La Escritura de la Historia”. México, D.F.: Universidad Iberoamericana, 1999. 335 páginas.

DOSSE, Francois. “La Historia o el Tiempo Reflejado”. París: Hatier, 1999. Traducción de Jorge Márquez Valderrama. 47 páginas.

MARTÍN BARBERO, Jesús. “Cuadernos de Nación: Imaginarios de nación, en medio de la tormenta”. Ministerio de Cultura, Bogotá: Segunda Edición, 2002. 105 páginas.

MELO, Jorge Orlando. “Historiografía colombiana: realidades y perspectivas”. Medellín: SEDUCA, 1996. 175 páginas.

NORA, Pierre. “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. En: *Representations*, Número. 26, Edición Especial: Memoria y Contramemoria (Primavera, 1989), p. 7-24.

ORTIZ, Sergio Elías. “Bibliografía de Eduardo Posada, (1862-1942)”. En: *Revista de Historia de América*, No. 16 (Dic., 1943), p. 123-132.

QUATTROCCHI-WOISSON, Diana. “Un nationalisme de déracinés. L’Argentine pays malade de sa mémoire”, Paris: CNRS, 1992.

SAMUEL, Raphael. “Grand Narratives”. En: *History Workshop*, Número. 29 (Primavera, 1990), p. 120-133.

VELANDIA, Roberto. “Publicaciones de la Academia Colombiana de Historia: Academia Colombiana de Historia”. Santa Fe de Bogotá, D.C.: Guadalupe, 2000. 93 páginas.

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/biografias/cordmour.htm>

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/marzo2008/adolfoleon.htm>